

tigaban .. Retened bien todo esto en la memoria, á fin de no cortaros cuando os interrogué.

Se detuvo para tomar aliento, y sus lípidos ojos permanecieron fijos en los de Gordal.

—Me ha visto obligada—continuó—á engañar á mi padre para dulcificarle, y eso me causa mucha pena... Tratad de que no me arrepienta de haberlo hecho.

Por primera vez en su vida se daba cuenta Gordal de lo que [podía ser la bondad, y, por primera vez en su vida también, sus ojos se inundaron de lágrimas que ni el sufrimiento ni la cólera habían podido arrancar.

El fondo de sensibilidad que existe en el corazón de todo ser humano, y que hasta entonces había estado oculto para él, se revelaba bruscamente.

En un arranque de gratitud cogió la mano de Norina y la estrechó entre sus gruesos y doloridos dedos.

La muchachuela retuvo la mano del fugitivo entre la suya, y así cogidos se dirigieron hácia el taller al aire libre, en que el tío Vincart continuaba su tarea, interrumpida por la presencia de su hija.

—Aquí teneis á Claudio Pinson,—dijo Norina.

El almadreñero miró de arriba abajo á Gordal, que frotaba con aire confuso la mano contra el pantalón.

—¡Es un buen mozo!—murmuró por fin con tono

satisfecho,—y si tiene tan buenos deseos de trabajar, como buena es su presencia, podremos arreglarnos .. Muchacho, Norina me ha hablado de tí y te tomaré por vía de ensayo; vamos á ver lo que sabes hacer... Aquí es preciso trabajar de firme, pero aquí no pagamos á nadie... ¿Te conviene esto?

—Sí, señor.

—Pues bien, para hoy, la muchacha va á ponerte al corriente de lo que tienes que hacer, porque ella se arregla para el trabajo como un hombre y no tiene quien la iguale en manejar el escoplo y dar forma á un zueco... Mañana te pondré una herramienta en la mano y sabremos para lo que sirves.

#### IV.

Son las dos. El momento en que el bosque, bajo el sol del estío, parece como abrasado y adormecido. Sobre una gruesa piedra que hay encima del arroyo de la Fontenelle, muy estrecho y rápido en este sitio, están sentados Honorina Vincart y Gordal, dejando que la corriente agite sus pies. Están descalzos y el agua, en su rápida corriente, baña sus pies con ligero murmullo. Hacía ya más de quince días que el falso Claudio Pinson servía de aprendiz al tío Vincart, quien le empleaba en cortar y aserrar los troncos de haya, y como era robusto y dispuesto, desempeñaba á las mil maravillas este cometido. En aquella quin-

cena todo había sido para él felicidad. El tío Vincart, aunque gruñon é impaciente, no era mal hombre; en cuanto á Norina, había tomado cariño á su protegido, y como en su calidad de niña mimada y voluntariosa, hacía lo que quería de su padre, había hecho al recién llegado muy agradable su estancia allí. Le había hecho poner una blusa vieja de almadreñero, arreglada á su estatura, y le había instalado una cama en la habitación que les servía para almacenar las almadreñas, al lado del jergón de paja y de helechos, reservado al compañero ausente. Allí, envuelto en una manta, el exdetenido dormía á pierna suelta hasta el alba; al oír cantar los tordos y escuchar la voz de la madrogadora Norina, se levantaba descansado y dispuesto para el trabajo.

Aunque se trabajaba mucho en el taller del tío Vincart, tenía también sus ratos de ocio y de distracción. El trabajo principiaba al amanecer y duraba hasta la hora de almorzar, que era á mediodía. Durante las horas de más calor, el tío Vincart dormía la siesta y no se volvía á empezar el trabajo hasta las cuatro. Norina y Gordal aprovechaban este tiempo para correr juntos por los bosques vecinos. La muchacha, flexible como una culebra y viva como una ardilla, iniciaba á su compañero en los goces de la vida en la floresta. Ella sabía poner lazos á los conejos y pescar á mano truchas y cangrejos. Conocía entre la maleza y á lo largo de los senderos, cubiertos de

hierba, los sitios donde había buenas setas y donde estaba segura de hacer una recolección de ellas. Esta existencia solitaria en medio de los saludables bosques, aquellos días de trabajo al aire libre, habían metamorfoseado rápidamente á Gordal.

Ya no era aquel detenido, socarrón y malo, sobre cuyas espaldas llovían los golpes de los celadores, ya no era aquel galopin pervertido por los años de holganza y la influencia corruptora de la prisión. Gracias al trato diario con aquella pequeña hada salvaje, que había llegado á ser su inseparable compañera, se descubrían ahora en él, gérmenes de delicadeza y sensibilidad de que él mismo se admiraba.

En aquel momento, Gordal mojaba con delicia sus pies en la corriente del Fontenelle, al mismo tiempo que todo su ser se bañaba en una dicha más fresca aún que el agua del manantial.

—¡Vamos, á ver Claudio!—dijo Norina mirándole cariñosamente;—¿os ha quitado el calor la gana de hablar? Estais mudo como un pez.

—No es el calor lo que me la ha quitado, sino la alegría. Me parece que sueño y tengo miedo despertar. Antes cuando dormía en mi hamaca en la prisión, me ocurría soñar que era libre; luego, al despertar, me daba cuenta de que aquello no había sido más que un sueño é intentaba volverme á dormir para prolongarlo... Ahora me ocurre lo mismo; no me atrevo á moverme, de miedo á ver desaparecer como el humo,

el Fontenelle, el taller y á vos misma Norina y encontrarme de nuevo entre las garras del jefe de los celadores.

—De vos solo depende el que esto dure... Mi padre está satisfecho y asegura que tenéis disposición para llegar á ser un hábil obrero en nuestro oficio... ¡El os conservará á su lado con el mayor placer, á menos—añadió guiñando maliciosamente los ojos,—que os aburrais de estar con nosotros!

—¡Ah! Norina, ¿cómo podéis decir eso? Yo no estoy contento más que á vuestro lado.

—¡En ese caso, estad tranquilo—dijo con decidido tono Norina—y no os martiriceis pensando en lo que tal vez no llegue á suceder!... Mi padre no volverá del mercado hasta ya de noche; hasta entonces somos completamente libres... Yo me voy á aprovechar de esta libertad echando un sueño sobre la hierba.

Se puso de pie sobre la piedra, estiró los brazos, enjugó al sol sus encarnados y relucientes pies, y recorriendo con una mirada los alrededores del arroyo, distinguió en una pendiente en que daba la sombra, un gran espacio cubierto de brezos, y fué á tenderse allí, con las piernas recogidas entre el zagalejo y los brazos formando arco alrededor de su desnuda cabeza. Gordal la siguió y se arrodilló á pocos pasos de su protectora. Mientras el sueño se apoderaba de ella, Norina, en su lecho de brezos, con los ojos entrecerrados y ligera sonrisa en los labios, contemplaba pere-

zosamente, mirando á través de sus largas pestañas, á su silencioso compañero, los inmóviles árboles y á la parte de cielo que podía descubrir por entre las ramas. Poco á poco, sus oscuras pupilas fueron ocultándose hasta dejarse de ver por completo, sus párpados se cerraron y, haciendo una mueca, se durmió.

Gordal, siempre de rodillas, habíase acercado á su joven amiga, y quitándose la larga blusa, había cubierto cuidadosamente con ella sus desnudos pies; luego, valiéndose como de un abanico, de una hoja grande de helecho, trató de impedir que las moscas turbasen su sueño. ¡Trabajo! le había de costar el conseguirlo! Las moscas, cada vez más molestas por el calor, revoloteaban alrededor de Norina con monótono zumbido, obstinándose en posarse unas veces sobre sus brazos y otras sobre su cuello ó sus sonrosadas mejillas; de cuando en cuando el aprendiz de almadreñero suspendía su tarea para contemplar estasiado á Norina, verdaderamente encantadora en su rústica belleza semi-formada.

Las juguetonas é impertinentes moscas parecían detenerse apropósito sobre los más delicados contornos de la dormida, como para acentuar más los detalles de aquel hermoso cuerpo de muchacha, próxima á convertirse en mujer. Tocaban ligeramente con sus negras alas los párpados, de largas pestañas, su desnudo y bronceado brazo y el blanco y apenas modelado pecho, cuyo nacimiento dejaba ver la ca-

misa, mal sujeta por la cinta que llevaba al cuello.

La atmósfera en que Gordal viviera hasta entonces, no había contribuido por cierto á inculcarle principios de moderación y honestidad; corrompido desde su infancia, arrojado muy pronto en el cieno de la prisión, en donde los vicios bullen como sanguijuelas en pantano, á los quince años, Gordal no ignoraba ni respetaba ya nada.

Sin embargo, la vista de Norina, dormida y medio desnuda, no despertaba en él ningún mal pensamiento ni ningún brutal deseo. La emoción que sentía tenía algo de instintivo respeto y de dulce admiración.

Aquel vagabundo, que había crecido entre precoces viciosos, cínicamente depravados, comprendía á la vez, al contemplar á su amiga, la revelación de la gracia femenina y el encanto virginal. Y esta nueva percepción, unida á un sentimiento de gratitud, le sumía en un éxtasis voluptuoso y casto. Contemplaba á Norina con admiración y timidez y esta contemplación bastaba para hacerle feliz. Alrededor de ambos, el espeso bosque elevaba su follaje como para protegerlos con su pacífica y verdosa seguridad.

Esta vez no era turbada más que por el murmullo del arroyo, que huía bajo los árboles con rapidez, y por las palomas torcaces, cuyo arrullo tenía siempre las mismas amorosas notas. Los helechos, enrojecidos por el sol, exhalaban un penetrante perfume, pa-

recido al de la grosella madura. Los tallos de las retamas mostraban sus negras fundas y sus doradas flores; una azulada mariposa saliendo de la espesura de los bosques, se posaba de cuando en cuando sobre un salicario de color púrpura, emprendiendo de nuevo su silencioso vuelo.

Esto duró algunas horas, al cabo de las cuales Norina sacudió sus cabellos, llenos de florecitas de brezo, desunió los brazos y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Habéis despertado?—preguntó Gordal.

—¡Ah! ¡Hace largo rato que no dormía ya!... Os espiaba.

—¿Y no decíais nada?

—¡Quí! Os hubierais levantado, y me gustaba veros de rodillas cerca de mí.

—¿De veras?—exclamó el muchacho poniéndose muy colorado.

—Sí; me mirábais con tan buenos ojos, que me gustaba permanecer sin moverme, sintiéndooos tan cerca de mí... No tengo miedo á vuestro lado; no me sucede lo mismo con el Champañés.

—¡El Champañés!

—Sí; el obrero de mi padre... Le tengo siempre tras de mí, pisándome los talones. Cuando voy al bosque me persigue por todas partes...

—¿Vendrá pronto?

—Creo que sí; al ménos no ha ido más que por

quince días á su país... ¡Si se quedára por allá, no sería yo quien lo sintiera!... Pero volverá. Mi padre tiene interés en que vuelva, porque es buen obrero.

La fisonomía del muchacho se había oscurecido. Sin conocer al Champañés, le detestaba ya por lo que acababa de oír á Norina y temía que su vuelta fuera causa de disgusto.

— Escuchad Claudio—continuó Norina— cuando esté de vuelta, será preciso que desconfieis de él y procureis hacer os amigo suyo. Es envidioso y taimado y si os toma ojeriza, es capaz de jugaros alguna mala pasada.

Habían echado á andar hacia el taller. El sol descendía en el horizonte, ensanchando las sombras de los árboles sobre el plano inclinado de la cortadura, cuyos espinos y abrojos parecían despedir dorado polvo.

El tío Vincart debía llegar ya entrada la noche. Después de haber ido á buscar agua á la fuente, mientras que Gordal encendía fuego al aire libre, Norina se ciñó un delantal azul y se puso á preparar la comida que se componía de patatas y de rábanos. El aprendiz se ocupaba entre tanto en partir astillas, mirando de reojo á la muchacha, muy absorta en su faena. Sentada en el tronco de un árbol, con el pelo suelto, despachaba su tarea, y cortando los rábanos y las patatas en pedazos, tarareaba una canción. El sol se escondía cada vez más entre las nubes. Su

enorme globo, de un color rojo vivo, aparecía por segmentos entre las altas ramas, y la hierba y el agua del arroyo se teñían del mismo color rojo. En el cénit, el cielo muy límpido, tomaba tonos de turquesa; entre el ramaje, los pajarillos le despedían con suaves gorjeos; en tanto que los grajos graznaban en la espesura. Poco á poco llegó el crepúsculo; el sol había desaparecido por completo, las altas campanulas floridas, no ofrecían ya á la vista más que un ténue color lila y un vapor blanquecino indicaba el caprichoso curso del Fontenelle, cuyo ruido se oía claramente á través del silencioso bosque.

La marmita, colocada sobre las brasas, hervía suavemente. Gordal abandonó su asiento y fué á sentarse sobre un montón de hierba seca, á los pies de Norina, al lado del fuego, que azuleaba sobre las cenizas. Los dos guardaban silencio: con la cabeza levantada hacia el cielo, contemplaban las estrellas, que se destacaban en el azul más sombrío.

—¿Por qué—exclamó bruscamente Gordal—no somos los dos solos á trabajar en el taller? Sería tan bueno trabajar juntos, Norina! .. ¡Preparar la comida entre los dos y esperar la noche así, el uno al lado del otro!

En aquel momento se oyeron, aunque algo lejanas y en dirección á la entrada de la cortadura, algunas voces. A los pocos instantes resonó en la misma dirección un sonoro «¡Kh!»

—Ahí viene mi padre—dijo Norina levantándose:—pero me parece que no viene solo. .

En efecto, el tío Vincart llegaba acompañado de un mozo, con el cual hablaba gesticulando. Cuando estuvieron á unos veinte pasos, los penetrantes ojos de Norina conocieron al recién llegado, á pesar de la distancia.

—¡Ah! ¿eres la mala pieza del Champañés?

—¡Hola, muchachos!—gritó el tío Vincart—¿está dispuesta la cena?... Traigo refuerzo. Al dejar el camino de Gorgis me he encontrado á éste, que se encaminaba hacia acá.

—¡Buenas noches!—dijo Norina con tono de mal humor.—Tened un poco de paciencia; la comida va á estar en seguida.

—¡Buenas noches, Norina!—dijo á su vez con melosa entonación el Champañés, quitándose el morral.—¿Va bien?

Al mismo tiempo examinó curiosamente á Gordal, quien por su parte sostuvo con serenidad el examen del recién llegado. A los últimos albores del crepúsculo, el aprendiz pudo ver que era un muchacho rechoncho, de maneras cautelosas, de fea boca y torcida mirada. Una barba rala y mal cuidada adornaba su rostro; tenía las mejillas relucientes, y, por encima de sus ojos, dos líneas rojas parecían querer indicar que tenía cejas.

—Este es Claudio Pinson, el aprendiz de que te he

hablado—dijo el tío Vincart, contestando á la muda interrogación de su acompañante.— Claudio, aquí tienes al Champañés; él es quien continuará tu instrucción y á quien debes obedecer como á mí... Ahora que ya os habeis conocido, sentémonos y demos trabajo á los dientes.

Norina habia llevado dos escudillas de porcelana blanca, llenas de sopa. Durante largo rato no se oyó otro ruido que el de las cucharas al chocar sobre las escudillas.

Un tanto reforzados los estómagos, el tío Vincart se volvió hacia el Champañés, preguntándole:

—¿Qué hay de nuevo por tu país?

—¡Nada!... Al volver, me he detenido en Auberive: allí si que hay novedades. Uno de los muchachos que trabajan en la nueva prisión se ha fugado, y esto hace que ande allí todo revuelto.

Gordal tembló en su asiento, y Norina le pellizcó violentamente para recomendarle prudencia.

La noche estaba demasiado oscura para que se pudiera notar la alteración de la fisonomía del aprendiz. Pero éste, en su emoción, dejó caer la escudilla, que al chocar sobre una piedra se hizo pedazos.

—¡Torpe!—exclamó el tío Vincart.—¿Es esa la manera que tienes de tratar mis cacharros?

—¡Ya veremos—dijo sonriendo el Champañés—si es diestro con una herramienta en la mano!... Pues sí, patron; uno de los presos ha tomado las de Vi-